

HISTORIA

DÍAS PRELIMINARES, por I. Naumov.

En una nota prefacial que viene en *Días Preliminares*, dicen los editores, que este libro de Naumov completa la visión de la revolución bolchevique.

“El libro de John Reed — *Diez días que estremecieron al mundo*, continúa la nota—describe el panorama del levantamiento de octubre. Este, de Naumov, lo completa admirablemente. Aquí está reflejada la acción directa y el heroísmo de los obreros de Leningrado. Las descripciones de hechos vividos, demuestran la intensidad del movimiento revolucionario desde el punto de vista del pueblo, de la masa proletaria y ayudan eficazmente a conocer la intimidad del gran acontecimiento histórico”.

Por su parte, Naumov, en unas palabras prefaciales manifiesta lo siguiente:

“Yo me he impuesto la misión de contar lo que ha vivido uno de los combatientes de octubre. Uno de esos seres pequeños que decidieron la suerte de la revolución. Es un hombre que yo conozco bien y cuyas aventuras yo mismo las he vivido con toda el alma”.

Esta es, entonces, la revolución de octubre vista a través del temperamento de uno de sus modestos actores que aparece, sólo hasta cierto punto, como uno de los ejes centrales de la obra en el cual giran los acontecimientos sucesivos. Hasta cierto punto solamente, porque en realidad el centro, el protagonista de *Días Preliminares* es la masa inmensa, rabiosa, entusiasta. No es, pues, la visión panorámica, objetiva, completa, abarcadora del movimiento; pero sí expresada en un lenguaje preciso y cálido, la descripción de hechos preparatorios, inminentes, en su encadenamiento riguroso y fatal hasta la conquista de la finalidad definitiva.

En verdad, vemos en este libro, en su intimidad, en sus hechos interiores, el movimiento bolchevique de octubre de 1917. No aparecen, desde luego, las más significativas figuras revolucionarias, las que por su vigor, su personalidad descollante, absorbieron la atención universal y perdieron por esto mismo, su posible sentido íntimo en los días decisivos—Lenin, Trotzky—sino en forma transitoria, a veces; la mayoría, como débiles proyecciones emergiendo de la sombra, atenuadas,

indirectas mejor dicho, aunque seguras de la dirección de sus destinos, sabiéndolos orientadores de la única determinación necesaria perentoria: la acción inmediata. Aun los hechos más sobresalientes sólo asoman como al fondo de una lejana y móvil perspectiva, sin relieves en su conjunto; pero señalando aunque de manera escueta sus características más difíciles.

En *Días Preliminares* vemos las grandes asambleas donde los bolcheviques luchan frente a frente y violentamente contra los mencheviques y socialdemócratas; las sesiones de comités de fábricas, de comités de radio, del comité revolucionario de Petrogrado donde atacan con virulencia a sus mismos compañeros que creen que aun no ha llegado la hora decisiva. Son páginas llenas de colorido, de vibración, en las que desfilan figuras muy diversas, pintadas en forma magistral, definidas en rasgos esquemáticos y certeros; páginas demostradoras del intenso despliegue de energía empleada por los comunistas rusos que sabían con Lenin que había llegado el instante de pronunciarse y del absoluto espíritu de sacrificio que dominaba a los bolcheviques. Udaroff, por ejemplo, abandonándolo todo por la revolución en marcha y aun su misma mujer comprendiendo lo que ésta significa, aceptando tranquilamente la actitud del esposo:

“En el hogar de Udaroff las cosas iban de mal en peor. No se había podido comprar leña. El pequeño había cogido una congestión pulmonar. Su mujer estaba exhausta. Había velado varias noches al pie de la cama del niño. Muy pronto ella había comenzado a toser. La víspera no había comido sino una sopa de agua y patatas con margarina. En vez de las rebanadas de pan con manteca que se tomaba por costumbre, sólo se tomaba ya un cacho de pan negro.

Su mujer no le hizo ningún reproche; sólo le preguntó:

—¿Vendrás a dormir esta noche? Porque no cerraré la puerta.

—No lo sé, respondió Udaroff; pero cierra la puerta.

—Bueno, le pediré a Niuscha que venga esta noche, porque nuestro pequeño tose tan fuerte, que por momentos me da miedo.

—Bien, bien. Adiós”.

Y se va nuevamente a continuar la lucha, pues todavía, dos días antes del pronunciamiento éste no se había fijado.

Udaroff sube al tranvía. Dentro de él conversan con animación los pasajeros sobre la situación política. Un oficial de ejército habla en contra del gobierno de Kerensky:

“Pero, ¿es un gobierno? Son unos papanatas, pero no es un gobierno. Esa porquería de bolcheviques. Perdón—dijo inclinándose hacia una dama; pero los ojos de ésta brillaron de aprobación—. Es necesario acabar con ellos sin piedad e inmediatamente, porque de otro modo esa banda nos dará muchos disgustos.

—¿Qué hace el Gobierno? ¿Dónde estamos? Los bolcheviques se organizan, se hacen cada día más fuertes y nosotros no sabemos sino lamentarnos—intervino un ingeniero—. Ahora han enviado una delegación al Gran Estado Mayor. Esto es una insolencia, un ultraje y nadie ha sabido responderles como convenía.

—Hum, hum, murmuró el oficial ofendido. Esa es cosa del Gobierno.

—Sí, si usted quiere. ¿Y el caso de la evacuación de la guarnición? Los bolcheviques no la han consentido”.

Hasta que al fin se suscita un incidente, el incidente inevitable. Udaroff responde a cierta afirmación. Se le contesta con mordacidad. Udaroff vuelve a responder en el mismo tono que su contrincante, mientras duras palabras azota el rostro del obrero que contesta, sin embargo. Los ánimos ya exaltados, llegan entonces al paroxismo. Un pasajero toma a Udaroff por el cuello, entre tanto, todos los demás aplauden. Ambos habrían caído a la calle con el tranvía en marcha, si el conductor de éste, con toda oportunidad, no lo hubiese detenido.

“Udaroff descendió. Hervía de rabia. Se sintió lastimado y sangrante y todo su cuerpo temblaba”.

En seguida las sesiones a las que asisten miles de obreros, donde hay que ir a defender la proposición del comité central de Moscú y del comité de Petrogrado, es decir, terminar definitivamente con las vacilaciones y decidirse con la mayor prontitud—pues el instante es de perfecta oportunidad y retardar la acción podría ser peligroso—a asaltar el poder cuyos poseedores están en el vértice de la incertidumbre y del desconcerto.

Pero esta labor es ahora más fácil. La masa, en su enorme mayoría, está convencido de ello. Inquieta, bulliciosa, sólo espera la orden de comenzar. Y una vez discutidos ciertos detalles de importancia para la mayor eficacia del golpe, vencida la resistencia en este sentido de algunos dirigentes bolcheviques, terminan todas las dificultades que detenían la insurrec-

ción y la marejada revolucionaria que sacude los espíritus obreros, se desborda incontenible.

Después de la lucha verbal, la lucha en las barricadas; después del triunfo en la lucha verbal, el triunfo en las barricadas y el poder, fatalmente, en manos de los revolucionarios.
—A. T.

LA VIDA AVENTURERA DE ANTONIO JOSÉ DE IRISARRI.

Merced a la diligencia y erudición de don Guillermo Feliú Cruz, Conservador de la Sala Medina de nuestra Biblioteca Nacional, es posible conocer hoy aspectos nuevos de la pintoresca vida del guatemalteco don Antonio José de Irisarri.

Se halla ligado éste al recuerdo de los chilenos, por los servicios consagrados a nuestra patria en sus primeros días republicanos. La vida suya ha sido objeto de agrias disputas y múltiples actuaciones lo privaron de simpatías. Carácter cáustico, no fué ajeno a los apasionamientos y dicerios que enciende la pasión política. Él se llama "cristiano errante", pero de lo último tiene más que de lo primero.

En el libro que motiva estas líneas se ven curiosos resplandores de su alma. Hombre clásico, educado en disciplinas literarias refinadas, maneja bien la prosa y el verso. Trata de dar una sensación panorámica de la América que recorrió en sus andanzas. Sirve a Chile, para denigrarlo más tarde. Su actuación discutidísima en la Intendencia de Colchagua, durante el período en que Portales dirige a Chile, lo arrastró a desbordes inverosímiles de panfletista. Enzarzado de peleas con Vicuña Mackenna y con Melchor Concha y Toro, salpica a los dos con los salivazos de la procacidad.

A un adversario, que esgrime el título de doctor, le endilga estos versos:

La ciencia jamás la dió
Ninguna Universidad,
Aunque tenga facultad
Para vestir a un virote,
Con el sabio capirote
Que cubre su nulidad.

Cuando lleva la representación diplomática de Chile a Londres, se enemista con el argentino Rivadavia y su acólito Al-